

La década de 1969 a 1979 en China

Flora Botton Beja,

El Colegio de México

“Fue el peor de los tiempos fue el mejor de los tiempos, fue la estación de la Oscuridad, fue la estación de la Luz, fue el invierno de la desesperación fue la primavera de la esperanza...” Estas palabras con las que inicia Dickens su novela La historia de dos ciudades, y de las que he cambiado la secuencia, son una buena introducción para describir la década de 1969 a 1979 en China. 1979 es un año en el que comienzan todos los cambios que plasman a la China de hoy. En esta década China recupera su asiento en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y Nixon llega a Pekín. También en esta década muere el primer ministro Zhou Enlai a quien se le atribuye el haber intentado frenar, a veces sin éxito, los mayores abusos de la extrema izquierda maoísta; muere también Mao Zedong, el gran líder de la revolución quien había permitido estos abusos y toma el poder un nuevo liderazgo que reemplaza a los que durante años llevaron a cabo políticas desastrosas. Después del largo invierno de la revolución cultural se asoma la esperanza de una primavera cultural, de una reestructuración de la familia, de una recuperación en la educación. Sin embargo el camino no fue recorrido sin tropiezos y llegamos a 1979 con incertidumbres sobre la medida de apertura cultural permitida, el grado de severidad de la aplicación de nuevas políticas de población que afectaran a

individuos y familias, y quienes serán los beneficiarios de las nuevas políticas educativas. La familia, la cultura y la educación son los tres aspectos sobre los que me gustaría examinar.

La Revolución Cultural afectó de muchas maneras a las familias urbanas. Separó a las parejas cuando uno u ambos eran acusados de crímenes políticos y eran enviados separadamente a la cárcel, a centros de reeducación o a lugares remotos en el campo. Abundaron los divorcios, algunos forzados y muchos matrimonios fueron vetados por los dirigentes de su unidad de trabajo. Los hijos menores no acompañaban a los padres al exilio y su cuidado quedaba en manos de familiares o de otras personas que tenían el valor de ocuparse de los vástagos de “malos elementos”. Si eran ya adolescentes, también eran enviados al campo y en muchas ocasiones tuvieron que denunciar a sus padres, actitud poco acorde con la tradición china que exige respeto a los padres y muchos se unieron a facciones radicales de guardias rojos.

En la China tradicional y antes del establecimiento del régimen socialista de 1949, el ideal de familia en cuanto a su tamaño, función y estructura era el que avalaba el confucianismo; es decir, una familia extendida y numerosa, patrilocal, patrilineal y en la que convivían varias generaciones bajo el mismo techo. Cada hijo debía cumplir con las obligaciones de conservar viva la memoria de sus antepasados por el culto ancestral y para ello era necesario que procreara muchos hijos varones.

Lo que sucedió después de 1949 fue, en primer lugar, un cambio a nivel oficial en el modelo de familia ideal. Aunque la aceptación de estos ideales de familia por la mayoría del pueblo chino es una revolución ideológica tal vez aún no del todo realizada, ellos constituyen un punto de referencia de la

política de planificación familiar. En las décadas de los años cincuenta y sesenta la familia modelo era presentada como una unidad doméstica que se constituía del esposo, la esposa y los hijos, con la obligación de cuidar de los parientes ancianos. En este modelo no se especificaba bien cuál sería el número ideal de los que conforman este hogar. Entre 1966 y 1969 la Revolución Cultural afectó negativamente los esfuerzos por controlar la natalidad; un factor importante en este sentido fue el temor de los cuadros a ser criticados si tomaban una posición muy radical al respecto y la desorganización institucional. Además la tendencia de los jóvenes a casarse en ese momento, junto con la ausencia de propaganda sobre anticoncepción contribuyeron para que en esos años aumentara la tasa de natalidad.

Después de los turbulentos años de la Revolución Cultural, entre 1969 y 1970 se habló ya claramente de un modelo de familia pequeña con un máximo de dos hijos, y se inició una campaña nacional de educación y convencimiento. Finalmente, a partir de 1979, el modelo ha sido el de la familia de un solo hijo y la campaña de planificación familiar se torna en algo más que eso; es una campaña de planificación de la población en la cual el gobierno no se limita a instruir sobre anticonceptivos y distribuirlos para que las parejas puedan, por voluntad propia, limitar su fecundidad, sino que se trata ya de intervenir en la reproducción humana para adecuarla a la producción material y así poder crear más riqueza, mejorar los niveles de vida, y acelerar la modernización. En este contexto, el control de la fecundidad ya no es un asunto personal sino que atañe a toda la sociedad. Es tarea del Estado velar por el bienestar del pueblo, y la planificación de la población es su derecho y deber.

¿Cuál ha sido la posición de las mujeres en esta década? Los esfuerzos del estado en el ámbito legal y en el ámbito del trabajo para mejorar la situación de las mujeres en China no pueden ser ignorados. Si recordamos la situación anterior a la revolución, en pocos años se habían logrado grandes éxitos: las mujeres habían alcanzado la igualdad ante la ley, se habían liberado de la tiranía del padre y de la suegra, podían casarse sin interferencia, estaban incorporadas en números impresionantes en el trabajo productivo, tanto así, que en los 20 primeros años de la revolución la mayoría de las mujeres entre 16 y 60 años tenían empleo completo o parcial, o estacional en el campo y ganaban algo de dinero. En niveles locales no faltaban mujeres quienes participaban en la toma de decisiones y se había creado una organización separada para ellas: la *Federación de Mujeres*, que les ayudaría a crear redes de apoyo y a capacitarse políticamente.

Todos los logros antes mencionados no impidieron que la situación de las mujeres en China distara de ser ideal y que se reprodujeran patrones de conducta tradicionales y se perpetuaran injusticias del pasado. Esto se puede atribuir a la falta – a lo largo de la era revolucionaria – de una redefinición del papel tradicional de la mujer y de la relación de sus actividades reproductoras: parto, cuidado de los niños y de familiares, trabajo doméstico, con su nuevo papel en la producción social. En general, la división sexual del trabajo en la producción y la reproducción no cambió mucho. Los esfuerzos del gobierno para crear infraestructuras de ayuda, tales como guarderías, lavanderías y comedores, no fue sostenido y aunque repetidamente se hicieron campañas para educar a los hombres a compartir tareas domésticas, hasta la fecha este trabajo es considerado propio de las mujeres. Es por eso que la inserción de

las mujeres en la producción ha contribuido a intensificar la carga del trabajo femenino imponiendo una doble jornada.

En varias ocasiones, en momentos de crisis política, se discutió el problema del rezago de las mujeres y las autoridades culparon de todo a la ideología. Afirmaron que la persistencia de formas tradicionales y de prejuicios y costumbres “feudales” impiden el progreso de las mujeres. La solución sería “educar” a las masas para que acepten la idea de igualdad. También culparon a las mujeres de ser ellas mismas conservadoras y rehusar cambiar.

Finalmente, en esta situación, las mujeres tienen pocas oportunidades de definir sus necesidades y plasmar políticas que las favorezcan. La *Federación de Mujeres*, la única organización que sobrevivió después de 1949, es una organización de masas, dependiente del partido comunista y con representaciones a nivel local. En un principio, la *Federación* constituyó un grupo de presión importante actuando para conseguir mejores condiciones de trabajo, para hacer conocer la ley de matrimonio y para proteger a las mujeres en casos de violencia doméstica. También jugó un papel primordial en el adiestramiento de las mujeres, en la instalación de guarderías, la organización de grupos de alfabetización y de estudio y en la representación de las mujeres ante la corte en casos de litigio. Durante varios años la *Federación* publicó revistas para las mujeres (*Mujer China* y *Nueva Mujer China*) que, dentro de una línea oficial, tenían un contenido dirigido hacia las mujeres. Sin embargo, paulatinamente, al igual que todas las organizaciones de masas, fue perdiendo su vigor y en los Congresos, en los cuales se suponía que debían discutirse las políticas a seguir, todas las declaraciones emitidas y las campañas propuestas, estaban estrechamente vinculadas a las políticas oficiales.

En 1978 la nueva consigna de los dirigentes en China fue entrar en una nueva era de modernización socialista, desarrollando la agricultura, la industria, la ciencia y la tecnología así como el sistema de defensa. Las mujeres fueron invitadas a participar en el proceso y, en el *Cuarto Congreso de la Federación de Mujeres*, realizado en 1978, el lema fue “las cuatro modernizaciones necesitan a las mujeres y las mujeres necesitan a las cuatro modernizaciones”. Al mismo tiempo se hizo la siguiente evaluación: “La actitud de que los hombres son superiores a las mujeres persiste todavía. La emancipación total de las mujeres aún debe de perseguirse... Sin embargo será ayudada por la modernización socialista, meta que todos los chinos están esforzándose por alcanzar”. En este ambiente se formularon promesas de igualdad de salarios y de oportunidades de trabajo para las mujeres y se señaló que con el excedente que generaría la nueva prosperidad se encontraría la forma de reducir su carga de trabajo, y se introduciría el uso de la tecnología en el hogar para aliviarlas en sus tareas domésticas. Esta actitud optimista no fue totalmente justificada por los hechos, y si bien la nueva prosperidad de China mejoró el nivel de vida de la población en general, ha significado también algunos retrocesos para las mujeres.

En el campo, la nueva política económica provocó la paulatina desaparición de la comuna, el fin de la colectivización y la adopción del sistema de responsabilidad familiar por el cual se asigna a cada familia un lote de tierra, mismo que debe cultivar. Es así como el trabajo familiar se vuelve la base de la organización económica de la unidad doméstica. En este trabajo familiar, se pierde, más que en el trabajo colectivo para la comuna, la conciencia de un trabajo personal y remunerado individualmente ya que el ingreso se vuelve, una

vez más, responsabilidad del jefe de familia. Esto afectó a las mujeres porque aumenta su carga de trabajo no remunerado dentro de la unidad doméstica y a la vez los servicios comunitarios se redujeron considerablemente. Al mismo tiempo se incrementó considerablemente la presión para tener hijos varones, futura mano de obra para el trabajo familiar, a la vez que el estado propugnaba una estricta política de planificación familiar que permitía tener un solo hijo. En esta situación se dieron casos de infanticidio femenino y de maltrato de mujeres o se omitió el registro de niñas, quienes crecieron como seres sin identidad ni derechos. La necesidad de mano de obra provocó una baja de escolaridad en el campo y en esa situación las niñas fueron las más perjudicadas.

En las ciudades también se sintieron los efectos del impulso de una modernización de la economía que no está matizada por una revisión de roles sexuales. Según el censo de 1982, el 43.69% de la fuerza de trabajo de China eran mujeres. Con 228 millones de mujeres trabajando, China estaba ciertamente a la cabeza de cualquier país de Asia. Sin embargo, la división de trabajo en cuanto a empleos y profesiones continuó teniendo como base al género. Las mujeres eran mayormente obreras textiles, bordadoras, mecanógrafas y cubrían todas las áreas de servicios.

Después del triunfo de la revolución, una de las tareas más urgentes fue el diseñar un sistema educativo de enseñanza universal en un país en donde únicamente el 15% de los niños recibía instrucción primaria y un número aún menor llegaba a la secundaria. Además de lo que significó el entrenar maestros, diseñar currícula, alfabetizar a grandes masas, desde un principio hubo dos líneas en cuanto a la filosofía educativa. Una línea, inspirada en la Unión Soviética, privilegiaba la educación escolásticamente

rigurosa y selectiva que produciría élites de “expertos”, mientras que otra línea abogaba por una educación para todos, que combina el estudio con el trabajo manual, la teoría y la práctica y forja individuos ideológicamente sólidos. La historia de la educación en China hasta fines de los setenta se puede resumir en la pugna de estas dos líneas y cada vez que había alguna campaña importante se revisaba el currículum. Cuando inició la Revolución Cultural, en mayo de 1966, Mao dijo: “Aunque la tarea principal [de los estudiantes] es estudiar, deben además aprender otras cosas, trabajo industrial, trabajo del campo y asuntos militares. También deben criticar a la burguesía. El período escolar debe acortarse, la educación debe sufrir un cambio revolucionario, y la dominación de nuestras escuelas por intelectuales burgueses no debe continuar”.

Es bien conocida la suerte de la educación en China durante la Revolución Cultural a partir de 1966 cuando las pugnas entre facciones políticas, las luchas de los guardias rojos, las críticas y vejaciones a los maestros y a muchos líderes obligaron a cerrar a las escuelas y a las universidades. Las escuelas volvieron a abrirse dos años después y las universidades duraron cerradas cuatro años. En los próximos años, hasta después de la muerte de Mao, la educación primaria duraba cinco años, la secundaria dos y la preparatoria dos más. El énfasis de la enseñanza era la ideología política y cultural del socialismo, la combinación de trabajo y estudio y la teoría y la práctica. Al terminar sus estudios los estudiantes debían trabajar al menos dos años en el campo o en una industria antes de poder aspirar a entrar a la universidad. Sin embargo, entrar a la universidad implicaba la aprobación de sus pares y de los líderes de su lugar de trabajo

que juzgaban su actitud política y hacia el trabajo. Además se examinaba minuciosamente su origen social y se daba preferencia a los de origen obrero, soldado o campesino. El currículum universitario se realizaba en tres años, por mucho tiempo se suprimieron los exámenes y no había estudios de postgrado. Muchos de los jóvenes que habían sido enviados al campo, no pudieron volver a sus lugares de origen.

Después de la muerte de Mao y la caída de la facción “ultra izquierdista”, con el cambio de liderazgo, a partir de 1977, se volvió a revisar el sistema educativo. Al lanzar la consigna de las cuatro modernizaciones era urgente tener cuadros preparados para llevarlas a cabo. Se volvieron a introducir los exámenes tanto en el nivel de educación secundaria como en el de la universidad, las aptitudes y el buen desempeño escolar se volvieron mucho más importantes que el origen social o la solvencia política. Se permitió a los jóvenes que habían sido obligados a trabajar en el campo o en industrias a presentarse a los exámenes y los que mejor se desempeñaron fueron los que habían terminado sus estudios de nivel secundario en 1966, el último año de una educación pre-Revolución Cultural. Se redujo la instrucción política y en general la educación se volvió más elitista que en cualquier momento anterior en la China comunista con la creación de escuelas de excelencia para los alumnos más destacados. Las calificaciones y los diplomas volvieron a reforzar la competencia entre estudiantes quienes ya podían aspirar a realizar un postgrado.

El relajamiento relativo de la vigilancia, el regreso de jóvenes de áreas rurales y los cuestionamientos ya oficiales de algunas de las políticas de la ultra izquierda y del mismo Mao, provocaron una serie de reacciones de

protesta que si bien no fueron algo sin precedente, tuvieron algunas de las características que darían al movimiento de 1989 su peculiaridad. Ya en abril de 1976, se inició un movimiento de protesta en la Plaza Tian An'Men en donde una multitud, con el pretexto de rendir homenaje al recientemente fallecido primer ministro Zhou Enlai denunció las políticas represivas de Mao y de su grupo. El movimiento fue reprimido y no faltaron los muertos y los encarcelados. Sin embargo, en 1978, se vuelve a iniciar un movimiento de protestas cuya reivindicación principal sería la observancia de los derechos humanos, la búsqueda de la democracia y de algunas libertades fundamentales. Al mismo tiempo, de una manera independiente pero con el mismo espíritu contestatario llegaron a la capital y a Shanghai, diversos grupos que pedían ser escuchados. Se manifestaron campesinos exigiendo la reparación de los abusos cometidos durante la Revolución Cultural, también grupos de "jóvenes instruidos", o sea los que fueron enviados al campo al terminar sus estudios de nivel secundario quienes demandaban que se considerara su caso y muchos más. Las cuatro modernizaciones propuestas por Deng Xiaoping provocaron una reivindicación de lo que se llamó la quinta modernización, la democracia. El movimiento, aunque no organizado duró de noviembre de 1978 a marzo de 1980 y ha sido llamado 'la primavera de Pekín' recordando el movimiento de 1968 en Praga. El símbolo más notorio de esta reivindicación por la democracia fue sin duda el "muro de la democracia". A partir de noviembre de 1978 en un muro de unos doscientos metros, en un lugar céntrico de la avenida principal Chang'an, se pegaban periódicos murales, cartas, artículos, reflexiones, amonestaciones, protestas, poemas, canciones y noticias. Algunos documentos estaban

escritos a mano, otros impresos o mimeografiados y atraían todas las noches a decenas de lectores y a muchos residentes extranjeros. Paulatinamente este lugar se convirtió en un punto de encuentro de grupos de discusión política y hasta de artistas que colgaban sus obras en los árboles aledaños. La policía rondaba pero además de arrestar de vez en cuando a algún contestatario no intervenía demasiado tal vez por la presencia de extranjeros. Sin embargo, en diciembre de 1979, el gobierno local de Beijing prohibió que se usara el muro y la disidencia tuvo que buscar otras vías de expresión.

Fue en este ambiente que el 30 de octubre de 1979, se reunieron en Beijing más de 3000 personas para asistir al 4º Congreso Nacional de Escritores y Artistas. Este Congreso es el primero después de la Revolución Cultural y en él se fijarían de una manera u otra las normas y directrices para la creación artística y literaria de China en los próximos años. Antes de la realización del Congreso habían proliferado ensayos y declaraciones, mesas redondas y entrevistas en las cuales los intelectuales de China expresaban su necesidad de crear libremente, su afán de democracia en los círculos intelectuales, su esperanza de no sufrir más las despiadadas persecuciones de que fueron objeto durante muchos años. El Congreso, patrocinado por la Federación de los Círculos Literarios y Artísticos, daría por un lado la oportunidad de una discusión en un foro nacional y permitiría conocer cuál sería la política del Partido y de las autoridades en cuanto a los intelectuales y cómo se interpretaría la libertad de expresión que se les ofrecía.

La lista de los asistentes contenía algunos de los nombres más ilustres de la literatura, del arte, de la música, del teatro y del cine en China. A la vez parecía ser una lista de fantasmas vueltos a la vida después de un largo

período de persecución y de olvido. En este Congreso se encontraron viejos perseguidos con sus perseguidores, quienes a su vez no escaparon a una purga posterior; estuvieron presentes los intelectuales que se salvaron por volverse burócratas fieles (como Mao Dun), los burócratas que pretenden ser intelectuales para controlar mejor la aplicación correcta de la línea (como Zhou Yang), los rescatados después de 20 años de olvido (como Ding Ling, Ai Qing, Wang Meng), los que fueron humillados y vejados durante la Revolución Cultural, los que estuvieron a cargo de la literatura y del arte en los últimos 12 años, ahora sentados hasta atrás y aceptando humildemente la crítica que pesaba sobre ellos. También se evocaron otros fantasmas más, los de los que no sobrevivieron, los que murieron durante la persecución, muchos de ellos acabando con su propia vida (como Wu Han, Jian Bozan, Lao She). En este ambiente que no podía carecer de tensiones y de divergencias se establecieron las normas y se puso fin a las ilusiones desmesuradas de muchos asistentes. Los burócratas volvieron al poder con más gloria aún por llevar una corona de mártires temporales al ser perseguidos por los excesos del aparato que ellos habían ayudado a establecer. En este caso de modernos Robespierre, la guillotina únicamente les había aflorado el cuello y sobrevivieron para volver a formar su poder entre los que antes habían perseguido.

Para apreciar lo que estaba en juego en este congreso hay que ver en una perspectiva histórica, en primer lugar, cuál es el papel que los intelectuales han jugado dentro de la sociedad china. En contraste con el intelectual occidental, quien en muchas ocasiones había sido generador de nuevas ideas y líder de revoluciones atacando la ortodoxia anterior en nombre de un nuevo

ideal, en China al intelectual le tocó jugar el papel de guardián de la tradición confuciana y de aliado del poder establecido.

El primer rompimiento real de muchos intelectuales con la autoridad se dio en nuestra era durante la cual, primero como opositores a la decadente dinastía Manchu y luego denunciando los excesos e ineficacia del Guomindang, se manifestaron a favor de un cambio social que garantizaría la soberanía nacional y el bienestar del pueblo. Estos intelectuales de los años veintes y treinta (algunos de los cuales aún estaban vivos) no eran todos fervientes comunistas sino liberales y patriotas, quienes pensaban que su papel como críticos de la sociedad poco satisfactoria en la cual vivían ayudaría a traer un cambio sano. Cuando este cambio sucedió no dudaron al principio en ofrecer también sus críticas y sus sugerencias para mejorar la situación que no siempre era perfecta. Sin embargo, los tiempos habían cambiado y no cabía una actitud liberal-burguesa en un estado que se estaba formando a través del camino socialista. Las contradicciones se hicieron todos los días mayores y los conflictos culminaron a veces en despiadadas campañas de crítica en contra de un intelectual o de otro en diferentes épocas. Hay quienes ven un patrón claro en las oscilaciones y contradicciones del Partido hacia los intelectuales. Además de la desconfianza, a veces justificada, de que el intelectual en China no se había podido deshacer en pocos años de actitudes de superioridad tradicionales en este país en donde la diferencia entre “los que trabajan con las manos y los que trabajan con la mente” era un abismo mayor que en cualquier otra parte, había un fondo político y económico que acercaba o alejaba al Partido de los intelectuales. En épocas en las cuales había penuria, dificultades, cuando se necesitaba lanzar una nueva campaña o directiva, los intelectuales

eran instados a colaborar y para eso se les daba mayor libertad. Pero cuando los tiempos mejoraban, o cuando la crítica exacerbaba a los dirigentes, entonces había un endurecimiento.

En 1955, en el momento en que el Partido lanzó un programa nacional de colectivización y de socialización de la industria y del comercio, se introdujo la idea de que no podía realizarse tal plan sin una lucha intensa. En el campo de la literatura se eligió como personaje central de esta lucha a Hu Feng, un poeta y teórico literario, quien se rebeló temprano en contra de la tradición literaria china y fue influido por el realismo occidental. A través de Hu Feng se atacó a varios intelectuales más jóvenes acusándolos de ser parte de su “pandilla”. De lo que se trataba en realidad era de dar un golpe mortal a cualquier intento de desviación de la línea oficial. En mayo del mismo año, Mao hizo un discurso en el cual introdujo la desde entonces famosa frase de que hay que dejar “que compitan las cien escuelas y florezcan las cien flores “. Esta frase, cuyo origen histórico data del siglo VI antes de nuestra era, fue lo que dio principio a la campaña de “las cien flores”, en la cual se afirmaba que la creación artística y literaria debe tener un espectro amplio, que los intelectuales deben tener sus propias opiniones y que toda divergencia debe ser resuelta por una discusión libre. Finalmente “las cien flores “comenzaron a florecer y muchos escritores más jóvenes osaron valerse del instrumento que se les estaba ofreciendo. Primero fue puesta en cuestión la obra teórica de Mao sobre literatura y arte, diciendo que era inadecuada para las necesidades ideológicas de la nueva época. Otra opinión expresada fue la de que el “realismo socialista” no era verdadero realismo. En junio de 1957 la situación cambió y pronto se hizo sentir una vez más la intransigencia de las altas esferas del Partido. La

crítica había ido demasiado lejos y era hora de contener la avalancha de expresiones de descontento. La situación económica de China tampoco mejoró y el haber permitido cierto relajamiento en la esfera económica no había sido una panacea para las dificultades por las cuales atravesaba el país. Se desató una campaña “anti derechista” de crítica contra los intelectuales y muchos de ellos fueron obligados a hacer confesiones de supuestos crímenes, tanto ideológicos como políticos. Sin embargo, el blanco de la peor persecución fueron unos cuantos veteranos escritores y poetas comunistas como Ding Ling, Ai Qing, pero también jóvenes como Wang Meng quienes fueron expulsados del partido y exiliados a regiones remotas.

No es necesario insistir sobre la inquisición feroz desatada en la revolución cultural de la cual nadie escapó y, la lista de los perseguidos, acusados y denunciados en ese período es casi un directorio de todo lo que existía en China en cuanto a escritores, poetas, artistas, actores, cineastas, etc. El procedimiento era al principio una denuncia en un diario de la capital o de la provincia; después, al ser suprimidos casi todos de los diarios, las acusaciones se hicieron a través de *dazibao* (periódicos murales). Muchos escritores y artistas pasaron largos años en exilio en el campo, otros más afortunados o de débil carácter aceptaron los dictados de la autoridad y acataron órdenes, pero en la mayoría de los casos dejaron de producir. Las consecuencias en el ámbito cultural se hicieron sentir de una manera brutal: se acabó con la ópera tradicional, el teatro se limitó a obras acartonadas sin ninguna semejanza a la realidad, la pintura tradicional denunciada no se volvió a asomar, el ballet se suprimió, la música occidental ya casi no se tocó más, la producción literaria bajó tanto en calidad-como en rendimiento, ya que se calló a los mejores

escritores y poetas, el cine perdió el ímpetu prometedor de los años cincuentas y principio de los sesentas y pocas películas hechas en aquellos años sobrevivieron la censura de la Revolución Cultural.

A partir de 1976 comenzaron las rehabilitaciones, a veces póstumas, de los perseguidos en los cincuentas y sesentas y en el 4º Congreso de Escritores y Artistas Deng Xiaoping pidió que los artistas y escritores “ se atengan a la orientación política correcta”, pero que a la vez debían “emancipar sus mentes”. Prometió que no habría interferencia de fuera para impedir la libertad de creación. Esta ambigüedad, característica del final de los años setenta intentaba compaginar el impulso de las cuatro modernizaciones con el freno del control político. Según el informe aprobado después de “discusiones acaloradas” las cuales no fueron hechas públicas, se declaró que los escritores “deben disfrutar del derecho de decidir qué y cómo escribir “pero el Partido debe ser guía de toda manifestación literaria y artística y están sujetos a la dirección del Partido, que “debe saber conducirlos persuasivamente en vez de intervenir en su trabajo” lo que deja muchas dudas sobre la verdadera libertad de creación. Al mismo tiempo, ante la monotonía de las manifestaciones culturales fomentadas por la Revolución Cultural, se recomendó una mayor variedad en la creación, una ampliación del alcance de la cultura, un mayor desarrollo de las tradiciones culturales de las minorías nacionales el desarrollo de la crítica sin “considerar el marxismo-leninismo-pensamiento Mao Zedong como un dogma inmutable en todas las edades, sino una guía para nuestra acción”, intercambios culturales con otros países pero sin caer en el peligro de corromperse por ideas burguesas etc.

Si bien en este Congreso no se trató de conseguir una total apertura libertad para la creación artística, sin embargo se abrió la puerta para una mayor discusión, la posibilidad de crítica y suficiente tolerancia para experimentar con nuevas formas en la literatura y en la plástica. La crítica y la persecución a los intelectuales no cesó y hubo muchos momentos posteriores a este Congreso en que hubo retrocesos, siendo la crisis más aguda la que siguió a los incidentes de 1989 en la Plaza Tian An'men. Sin embargo, aún la crítica cambió de carácter y la persecución nunca tuvo ya la ferocidad y la crueldad anteriores.

En los últimos años de los setentas hubo muchas cosas positivas. Los viejos escritores y artistas se pusieron a crear y así recuperar el tiempo perdido y a enseñar a los más jóvenes; en el teatro se presentaron tanto obras viejas que habían sido prohibidas como nuevas que, si bien tenían debilidades, constituían un buen principio; la ópera tradicional fue resucitada y en todo el país surgieron centenares de compañías; el ballet volvió a aparecer; la pintura mostró una diversidad que se le negó durante muchos años; se permitieron exposiciones de arte abstracto y el renacimiento de la pintura al estilo tradicional tuvo muy buenos resultados; abundaron las traducciones de libros de literatura extranjera y los intercambios con otros países trajeron a China artistas y conjuntos excelentes, dando oportunidad a los artistas chinos, sobre todo en el campo de la música, de ampliar sus horizontes.

Es por eso que puedo afirmar que, en China, la década de los setentas fue el mejor de los tiempos después del peor de los tiempos.